NIÑO DE ELCHE

LLAMADME AMPARO

ESPASA ESPOESÍA

LLAMADME AMPARO

Niño de Elche

ESPASA ESPOESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Francisco Contreras Molina, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 16.406-2021
ISBN: 978-84-670-6369-1

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

Llamadme amparo,
el enfermo buscaba el alivio
malito y yo no lo hallo.
Letra popular

El gesto esencial se puede nombrar con el verbo amparar.
Amparar significa proteger parando o deteniendo algo.
El desamparo consiste en quedarse sin protección,
sin ayuda o sin asistencia.
La casa es la expresión más emblemática
del amparar y del cubrir para proteger.
Josep Maria Esquirol

Esta casa huele a gloria
dime quién vivía aquí
aquí vivía una gitana
que está loquita por ti.
Letra popular

La ropa tarda un día entero
en secarse dentro de casa.
Hoy no ha sucedido otra cosa
aparte de esto.
Angélica Liddell

Lo que vivimos se separa de nosotros y se deposita
sobre los objetos que nos rodean.
La preocupación de las madres, sus amores febriles,
las canciones que les afloran
a los labios, su asombro ante el niño dormido,
el temor de que el diablo venga a llevárselo,
los suspiros de los padres mientras hacen el amor
en la habitación de al lado,
el ruido de la tormenta a través
de una ventana entreabierta,
todo esto y muchas otras cosas, inmateriales,
han encontrado asilo en la cuna,
impregnando la madera tan ciertamente
como lo hace el olor de tabaco
en una habitación cerrada. Todas esas delicias
destacan a primera vista.
Christian Bobin

EXALTACIÓN PRIMERA

Nunca sabré mi origen.
Mi madre ha quemado su correspondencia de amor
con mi padre.

La causa de mi condición fugitiva es que en mi familia los vasos siempre se llenan hasta la mitad.

Fue utilizada sin ningún reparo. No tuvo la suerte de que el Señor se olvidara de ella y la desechara. Ni su corta edad pudo salvarle de la tortura que supone escuchar los lamentos de Sísifo al final de una calle en cuesta asediada por los leones. Un miedo que caló en sus huesos a modo de trauma nevado. A la luz de sus ojos, los nevazos no son dignos portadores de belleza. El pesar del cántaro en su cabeza le recordaba que si se quiere comer al final de la jornada no se pueden cruzar los brazos ante la fría ventisca. De ahí proviene no querer malgastar el agua. Fue capaz de transportar en un botijo toda la moral del mundo sin morder el polvo. La gravedad de aquel recipiente no consiguió clavar sus huesos en la tierra, ni dejarla en la estacada, como el que hinca una cruz para indicar que ahí se mató alguien, sin demasiada importancia, desconocido para la mayoría, como el trabajo de aquella niña que fue mi madre.

Las quijadas de mi padre son capaces de partir un hueso de aceituna por la mitad. Toda mandíbula apretada nos habla de un hombre que resiste; por eso, él nunca nos pegó. Si vivimos setenta años de paz es gracias a la bomba atómica y si yo nunca me peleé con mis hermanos fue gracias al rechinar de sus dientes.

Viene de un lugar donde el silencio y el descanso no existen. Las jornadas nocturnas de doce horas en aquella fábrica de calzado convertían a mi padre en un hombre invisible para la sociedad. Bien podría tratarse del protagonista de una novela de Ellison Ralph, como tantos otros trabajadores de la noche. Mi progenitor, un hombre ennegrecido por la oscuridad y el polvorín que generaban las planchas de goma que él mismo introducía en las máquinas para ser cercenadas. Al finalizar su jornada, se lavaba con un rociador de aire, también llamado por los proletarios «pistola». Instrumento que le servía para desprenderse del polvo que lo hacía aún más mundano. Disparos continuados que recorrían su cuerpo sudado como un láser a modo de inspección. Los dolores a causa del duro trabajo aparecían en ese instante de reconocimiento anatómico, nunca durante el *laboro*. Primero comenzaba por las piernas para saber que podía llegar a casa por su propio pie. Después vendrían los brazos y así conocer la fuerza restante para abrazar a su amada o para afrontar la jornada siguien-

te. El cuello y el pecho se dejaban para el final a modo de recompensa, ya que son las zonas con las que más placer se recibe un soplo de aire, por muy caliente o frío que este sea. Finalmente la cara se aclaraba con agua, siempre con agua fría, al igual que las manos agrietadas y tintadas por la grasa contenida. Quitarse el hollín de encima como el que se desencadena o se despoja de la arena del desierto después de haber surcado por sus dunas soportando un viento abrasador. A más tiempo en aquellas naves industriales, más invisibilidad cargas. No hay más remedio que ser un trabajador inmigrante con la cautela de un extranjero, tal y como nos aconsejaba el abad Pastor en el siglo IV, bajo el calor y el frío de algún recóndito lugar del desierto de Egipto, Palestina, Arabia o Elche.

Mi padre de niño esquilaba ovejas en un cortijo situado en la pedanía de Poloria, cerca de Iznalloz, provincia de Granada. La leche del animal con la que se confeccionaba el delicioso queso era base fundamental de su dieta rural y su economía. Cada vez que como un trocito de alguno, mis ancestros recorren mi paladar. La historia del queso es la historia de la forma, del moldear el campo y su sabor. De ahí proviene *formatge*, *fromage* o *formaggio*. Redondos o cuadrados, pero siempre en una caja, sin suero y con leche coagulada, pero siempre en una caja. Desde sus orígenes ya se mezclaba con especias, piñones, miel o diferentes hierbas para hacer de su variedad un alimento que pudiera suplir la falta de carne. Contar ovejas para dormir sigue siendo una mala metáfora de nuestra relación con estos animales sagrados. En momentos de tormentos buscamos su lana, el calcio de sus hijos o sus narcóticas fábulas. Las formas siguen siendo las que no funcionan.

Las perdices en las jaulas.
Mi madre en la cocina.
Yo cantando flamenco.

Mientras leía un libro de Hannah Arendt sobre la libertad, mi padre fabricaba el culo de una jaula donde encierra a las perdices. Al finalizarlo me dijo que le quedó muy bonito.

A PESAR DE SER CAZADOR, ama el campo y a los animales que viven en él. Es tanto lo que le gustan que, cuando es época de cacería, si puede, los mata.

Mi padre guarda sus escopetas en la habitación donde duermo. Están en un armario especial para armas de fuego. Nadie las custodia, solo la confianza. Entre ellas aún conserva una que posee solo un cañón y que pertenecía a mi abuelo y a sus hambres. Cuenta cómo tenían que calcular muy bien el disparo para no malgastar los plomos con los que rellenaba cada cartucho y si podía matar dos pájaros de un tiro, mucho mejor, así no debía gastar el dinero que no tenía en más munición. Él sigue custodiando aquella escopeta no solo como recuerdo nostálgico sino como recordatorio del sentido primigenio de su afición a la cacería cada vez que sale al campo. A partir de ahí, cuando dispara, quiero pensar que no está tirando a un animal indefenso sino que está queriendo eliminar el hambre y la falta de su pasado.

Subir el pan a casa me convertía en el portador del hambre ajena ya que no se empezaba a comer hasta que no cruzara la puerta acompañado de su candente olor. Pellizcar clandestinamente el bollo durante el trayecto que me llevaba al piso era el premio concedido a pesar de usurpar el rito al padre. Una bolsa con las iniciales de mi madre bordadas en color rosa me mostraba cuál era el pedido diario que tenían reservado para nuestro sustento. Un mendrugo o un chusco nos habla de lo rota que puede estar una familia o la falta que en ella existe. Encontrar un pan «desamigado» no es un simple juego de palabras. Ya nadie sabe nada de nadie, de ahí que la pasión por trocear y repartir el pan con las manos se haya ido perdiendo en nuestro hogar. Ahora los panes se cortan con un cuchillo.

Ya está el plato en la mesa. Lleno, siempre muy lleno. Mi madre sirve antes de que nos sentemos para que su generosidad no encuentre oposición. Lo único que no se sirve antes es el agua ya que pedirla crea fraternidad. Todos comemos en un plato individual menos mi padre que come directamente de la sartén o de la olla. Esta tradición proviene de la buena costumbre de no servirse más de lo que se necesita, el gesto de no generar sobras en su propio plato para después no tener que tirarlas. El aceite es servido en un plato y la sal en un montoncito en la mesa para mojar o pellizcar con los dedos. Los marineros, los cocineros y las personas que comen con las manos son a las únicas que se les puede encontrar sal entre las uñas el día de su muerte. Saber eso, nada más que eso, es una honra heredada.

Defenderé la casa de mi hermano. Coto donde resistir a la especulación que hace de la intemperie infierno. Arquitecturas siempre húmedas como cualquier refugio en guerra civil. En las casas de pueblo no hay nada que esconder. Sus puertas siempre están abiertas esperando aires nuevos o simplemente, a modo de llamada de orden, el saludo de algún vecino que se escucha detrás de la cortina y al que solo conoces por la voz.

A mi madre le gustan los fogones donde se vea la llama. A más posibilidad de lumbre más cocinado a fuego lento. Ello habla de su pasión por la cocina y del gozo de compartir su tiempo con el otro. Me gusta comer en su casa no solo por lo barato que supone sino por tener la oportunidad de saborear recuerdos de su mano. Desde niño mi casa siempre olía a comida recién hecha nada más despertar. Los guisos elaborados de forma muy lenta marcan una forma de vida a sus convivientes, como si penetrara lo tenue de lo cálido en sus formas de atender al mundo. Mientras tanto se puede limpiar, hablar con la vecina por el patio de luces sin luces o, por supuesto, llamar a un amigo para decirle que en unas horas tendrá una ración de comida en casa, hecha con la paciencia que otorga la amistad, es decir, el amor.